

**ANALES DEL INSTITUTO
DE ESTUDIOS MADRILEÑOS**

ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XLIII



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 2003

Anales del Instituto de Estudios Madrileños publica anualmente un volumen de más de quinientas páginas dedicado a temas de investigación relacionados con Madrid y su provincia. Arte, Arqueología, Arquitectura, Geografía, Historia, Urbanismo, Lingüística, Literatura, Sociedad, Economía y Biografías de madrileños ilustres y personajes relacionados con Madrid son sus temas preferentes. *Anales* se publica ininterrumpidamente desde 1966.

Los autores o editores de trabajos o libros relacionados con Madrid que deseen dar a conocer sus obras en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* deberán remitirlas a la secretaría del Instituto, calle Duque de Medinaceli, 6, 28014 Madrid; reservándose la dirección de *Anales* la admisión de los mismos. Los originales recibidos son sometidos a informe y evaluación por el Consejo de Redacción, requiriéndose, en caso necesario, el concurso de especialistas externos.

DIRECCIÓN DE ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS:

PRESIDENTE DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: José Portela Sandoval (UCM).

PRESIDENTE DE LA COMISIÓN DE PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: Alberto Sánchez Álvarez-Insúa (Instituto de Filosofía, CSIC).

SECRETARIO DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: Rufo Gamazo Rico (Cronista de Madrid).

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Alfredo Alvar Ezquerro (CSIC), Luis Miguel Aparisi Laporta (Instituto de Estudios Madrileños), Eloy Benito Ruano (Real Academia de la Historia), José del Corral Raya (Cronista de Madrid), Ricardo Donoso Cortés y Mesonero Romanos (UPM), María Teresa Fernández Talaya (Fundación Madrid Nuevo Siglo), José Fradejas Lebrero (UNED), José Montero Padilla (UCM), Manuel Montero Vallejo (Catedrático de Enseñanza Media, Madrid), Alfonso Mora Palazón (Ayuntamiento de Madrid), M.^a del Carmen Simón Palmer (CSIC).

CONSEJO ASESOR:

Enrique de Aguinaga (UCM; Cronista de Madrid), Carmen Añón Feliú (UPM), Rosa Basante Pol (UCM), Fernando Chueca Goitia (Instituto de España), Francisco de Diego Calonge (CSIC), Manuel Espadas Burgos (CSIC), María Pilar González Yanci (UNED), Miguel Ángel Ladero Quesada (UCM), Jesús Antonio Martínez Martín (UCM), Áurea Moreno Bartolomé (UCM), Leonardo Romero Tovar (Universidad de Zaragoza), José Simón Díaz (UCM), Virginia Tovar Martín (UCM), Fernando Terán Troyano (UPM), Manuel Valenzuela Rubio (UAM).

I.S.S.N: 0584-6374

Depósito legal: M. 4593-1966

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
Memoria	
<i>Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños</i>	11
Presentación	
<i>En el centenario de Isabel la Católica, por ALFREDO ALVAR</i>	25
Artículos	
<i>Madrid y las reformas de Carlos III, por FERNANDO CHUECA GOITIA ..</i>	33
<i>Urbanismo, demografía y pobreza en Madrid. La parroquia de San Sebastián, 1578-1618, por MIGUEL ÁNGEL GARCÍA SÁNCHEZ</i>	45
<i>Materiales para una toponimia de la provincia de Madrid (III), por FERNANDO GIMÉNEZ DE GREGORIO</i>	85
<i>Iconografía madrileña de Francisco Asenjo Barbieri, Ramón de la Cruz, Federico Chueca y Ricardo de la Vega, por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA</i>	119
<i>Convento de Mercedarias Descalzas, llamado Don Juan de Alarcón, por M.^a TERESA FERNÁNDEZ TALAYA</i>	159
<i>Las primeras plazas arboladas y ajardinadas en el Madrid del siglo XIX, por CARMEN ARIZA MUÑOZ</i>	171
<i>Puentes y barcas en el Real Sitio de Aranjuez, por PILAR CORELLA SUÁREZ</i>	191
<i>Madrid, punto de concentración de mercaderes laneros durante el siglo XVII, por MÁXIMO DIAGO HERNANDO</i>	239
<i>La hostería madrileña en los comienzos del siglo XVII, por JOSÉ DEL CORRAL RAYA</i>	291
<i>Muchachas que trabajan (Madrid, 1944), por CARMEN MEJÍAS BONILLA</i>	311

	<u>Págs.</u>
<i>Arqueología en la prensa de Madrid</i> , por JAIME CASTILLO GONZÁLEZ	335
<i>Dialectalismos madrileños en el Quijote de Avellaneda</i> , por JOSÉ BARRROS CAMPOS	345
<i>Nexos causativos en el habla de Madrid</i> , por CECILIA CRIADO DE DIEGO	359
<i>Completando las obras sueltas de Narciso Serra</i> , por JOSÉ FRADEJAS LEBRERO	385
<i>Las mujeres en los episodios nacionales (series 3.^a, 4.^a y 5.^a)</i> , por AMPARO APARISI LAPORTA	399
<i>Ramón Gómez de la Serna, políticamente incorrecto</i> , por ENRIQUE DE AGUINAGA	449
<i>Resumen de la obra poética de Emilio Carrere en sus antologías</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA y JULIA MARÍA LABRADOR BEN	469
<i>Sinesio Delgado y la España Decimonónica</i> , por JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ FREIRE	497
<i>Madrid: La cultura de la Segunda República (libros, periódicos y revistas)</i> , por RUFO GAMAZO RICO	527
<i>Ramón Gómez de la Serna, escritor en periódicos</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA	541
<i>Noticias sobre la vida y obra de Sebastián de Benavente: monumento de Semana Santa para el convento de Santa Isabel de Madrid</i> , por MARÍA FERNANDA PUERTA ROSELL	553
<i>El hidalgo madrileño don Francisco del Campo, sumiller de cava de la Reina Mariana de Austria y el inventario de sus bienes (1690)</i> , por JOSÉ LUIS BARRIO MOYA	567
<i>Un público burgués para la literatura popular</i> , por JESÚS A. MARTÍNEZ MARTÍN.....	589

Notas

<i>Guadarrama < Aquae Dīrrama</i> , por JESÚS RODRÍGUEZ MORALES	609
<i>Don Quijote, espejo de amistad</i> , por LUIS LÓPEZ JIMÉNEZ	615
<i>Homenaje a Miguel Fisac. El muy ilustre hijo de Pumarejo de Tera</i> , por RUFO GAMAZO RICO	617

Reseñas de libros

APARISI LAPORTA, LUIS MIGUEL, <i>La Casa de Campo. Historia documental</i> , por JOSÉ FRADEJAS LEBRERO	621
--	-----

	<u>Págs.</u>
CEPEDA ADÁN, JOSÉ, <i>Madrid de Villa a Corte. Un paseo sentimental por su historia</i> , por MANUEL MONTERO VALLEJO	622
FERNÁNDEZ MONTES, MATILDE (ed.), <i>Vallecas, historia de un lugar de Madrid</i> , por MANUEL MONTERO VALLEJO	623
<i>Jornadas sobre el Fuero de Madrid</i> , por MANUEL MONTERO VALLEJO ...	623

Necrológicas

<i>Enrique Pardo Canalís</i> , por FRANCISCO JOSÉ PORTELA SANDOVAL	627
<i>José Manuel Miner Otamendi</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA	629
<i>Antonio Domínguez Ortiz</i> , por ALFREDO ALVAR	631

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA, ESCRITOR EN PERIÓDICOS

Por JOSÉ MONTERO PADILLA
U.C.M.

En una novela de 1921, titulada *La huelga de los poetas*, su protagonista, denominado simbólicamente el Poeta, acude al periódico donde trabaja. Es en el capítulo segundo, y en él leemos:

«Al otro día, lunes ya, el Poeta va de nuevo al periódico. Porque es periodista. Un día nefasto de su existencia empujó esa mampara roja del periodismo, que a veces cede tan fácilmente. Porque parece que el periodismo, ese gran reverbero cuya luz brilla con tan rojo y escandaloso fulgor sobre la bruma discreta de las calles empañadas, lo mismo que ese globo rojo de las farmacias, siente afán por coger en sus llamas a las almas tranochadoras de los poetas para destrozales las alas. Esa puerta, siempre entornada, de los periódicos semejante a la de las funerarias y las mancebías, suele abrirse fácilmente para los poetas desorientados que, a veces, llaman en ella, confundiéndola con la de la gloria. Un día él también llamó a ella, y se le abrió y quedó preso en la gran jaula, donde los pájaros cantores sólo pueden servir de trofeo vivo para engañar a los ignorantes acerca de la calidad de la bola estercorácea que en esos negros talleres se fabrica»¹.

Ante una realidad tan ásperamente calificada y descrita en la novela, una pregunta surge fácil e inmediata: ¿qué razón o razones y circunstancias habrán conducido al protagonista de la narración a entregarse a un trabajo tan negativamente considerado? Y la respuesta la vamos a encontrar en seguida: en la oportunidad que el periodismo parece otorgar para una notoriedad rápida y fácil. Un día, el director de un periódico le había hablado al Poeta:

«Y al fin encontró la palabra mágica, la palabra infalible que hiere siempre a un poeta en el corazón. Le habló de la gloria fácil y rápida que

¹ RAFAEL CANSINOS-ASSÉNS, *La huelga de los poetas*, Madrid: Editorial Mundo Latino, 1921, pp. 5-16.

aseguran las vertiginosas vueltas de las rotativas, de la pronta difusión que logra un nombre repetido por las mil hojas que salen de las bobinas periodísticas. Y el joven anónimo todavía se dejó seducir por aquella popularidad que se le brindaba inmediata. Y aceptó el sillón periodístico él, que, en su divino orgullo juvenil, hubiera rehusado el académico»².

El periódico, pues, como un medio para alcanzar, prontamente, la notoriedad, la fama incluso, quizás el éxito que consagra, a tenor de los textos leídos en *La huelga de los poetas*. Y en su anónimo protagonista, el Poeta sin más pero con mayúscula, símbolo representativo acaso de otros muchos poetas, no es difícil reconocer la personalidad, transfigurada literariamente, del autor de la novela: Rafael Cansinos-Asséns.

¿Tan sólo la notoriedad? El periódico también como medio de obtener el dinero pronto para el apremio de cada día, para las cotidianas necesidades. Así lo reconocerá Ramón Gómez de la Serna en más de una ocasión, como en su libro *Automoribundia*:

«Mi periodismo —dice— destaca lo que se han dejado pasar y tiene toda la fiebre inventora del que tiene que vivir de él, pues el literato aquí, por mucho que trabaje, tiene que cubrir sus gastos de primero de mes con el sueldo periodístico, y después de sufragar cada semana con los artículos de las revistas acogedoras y salvadoras»³.

Y cuando la publicación de las colaboraciones en periódicos o en revistas se retrasa, surge la inquietud y parecen oportunas unas gestiones realizadas con la discreción debida. En una carta inédita de Ramón a José Montero Alonso, carta sin fecha pero escrita sin duda en 1932, leo:

«¿Quiere usted saber que pasa con mis cosas en *Nuevo Mundo*? A mi llegada de América recibí una carta alentadora de Luis González y no ha salido nada mío y eso que tiene cosas de gran novedad que no abandonan su dignidad literaria.

No creo en cavernicolismos intransigentes en una empresa que tiene claridades que sería suicida matar.

Con toda reserva y con la amistad que hay entre nosotros dígame algo a Luis»⁴.

El periódico, pues, como vehículo para la difusión del nombre; también como instrumento *pro pane lucrando*; y asimismo como medio que

² *La huelga de los poetas*, ed. cit., p. 17.

³ RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA, *Automoribundia (1888-1948)*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1948, p. 605.

⁴ Carta inédita de Ramón Gómez de la Serna a José Montero Alonso. No está fechada, pero sin duda es del año 1932, ya que en ella hace referencia a la publicación, «en estos días saldrá...», de su novela *Policéfalo y señora*, aparecida precisamente en ese año.

facilita una comunicación inmediata y directa con el público lector. Así lo subraya Gaspar Gómez de la Serna a propósito de los artículos de Ramón, en su libro sobre el creador de las greguerías:

«Quiero decir que Ramón ha cultivado el periodismo sin la menor claudicación de su propia estética y por una doble necesidad: la de *comunicarse con el público*, dando urgente salida al enorme e incontenible caudal de su prosa, que de otro modo le hubiera ahogado en soledad, y también por la más prosaica necesidad de obtener mediante el artículo diario el pan de cada día; recurso ineludible en una profesión como la suya ejercida sin ninguna otra cobertura económica que le ayudara a vivir.» Y añade, poco después: «En ese juego, millares y millares de artículos, a veces hasta seis diarios, fueron anticipando, durante muchos años, sobre los periódicos no poco de lo que después habría de recibir la ordenación definitiva del libro»⁵.

Autor constante de artículos, sí, autor de artículos a lo largo de toda su intensa vida literaria, desde sus comienzos hasta casi el final, cuando ya las fuerzas flaqueaban... En los primeros años del siglo XX, por ejemplo, en un periódico segoviano, el *Diario de Avisos*. Y también en una imprenta segoviana, la de *El Adelantado de Segovia*, se imprimiría asimismo, en el año 1905, el primer libro de Ramón: *Entrando en fuego*, título no original suyo sino sugerido por su padre, quien también le había propuesto este otro: *Páginas de un bisoño*. Ricardo Baeza, condiscípulo del escritor, comentó: «Entrar en fuego... y salir escaldado.» Ramón Gómez de la Serna cursaba entonces los estudios del preparatorio de Derecho y envió un ejemplar de su libro, dedicado, a su profesor de Literatura, marqués de Mudarra. Éste no acusó recibo de la obra, y luego, en los exámenes de junio, suspendió —es de suponer que con toda justicia— al jovencísimo autor, que pasó de este modo a engrosar la lista de suspensos ilustres en Literatura: Azorín, Eduardo Marquina, Federico García Lorca...

Ramón, pues, autor constante de artículos, de los que quedará notoria constancia, en los grandes periódicos de extraordinaria difusión, y en otros periódicos menores⁶. Dedicación asidua esta a la que se refiere también el escritor en numerosas ocasiones, como en la carta inédita antes citada, donde al dar cuenta de sus inmediatos proyectos en 1932, añade: «... Pero sobre todo *muchos artículos*, novelas y ensayos para la Revista de Occidente...»⁷.

⁵ GASPAR GÓMEZ DE LA SERNA, *Ramón*, Madrid: Taurus, 1963, p. 142. La cursiva es mía.

⁶ Puntuales datos al respecto pueden hallarse en GASPAR GÓMEZ DE LA SERNA, *Ramón*, ed. cit., y en LUIS PRADOS DE LA PLAZA, *Ramón Gómez de la Serna, patrimonio de Madrid*, Madrid: Real Academia de Doctores, 1997.

⁷ Carta inédita antes citada. La cursiva es mía.

En sus últimos años, en diciembre de 1959, cuando arrecian melancolías, olvidos y escaseces, le dice desalentadamente a Tomás Borrás, amigo entrañable de tantos años:

«Ya estoy un poco cansado y temo que se me tumbe la pluma sobre la mesa y no quiera andar más. Mis ocho o diez artículos mensuales y mis cuatro o cinco grupos de cuarenta greguerías, también por mes, pesan ya mucho sobre mí»⁸.

A la importancia y significación de la literatura en el periódico y, por tanto, del artículo, se había referido Mariano José de Larra en 1835, en artículo aparecido en *La Revista Española*:

«En todos los países cultos y despreocupados la literatura entera, con todos sus ramos y sus diferentes géneros, ha venido a clasificarse, a encerrarse modestamente en las columnas de los periódicos. No se publican ya infolios corpulentos de tiempo en tiempo. La moda del día prescribe los libros cortos, si han de ser libros.

Los hechos han desterrado las ideas. Los periódicos, los libros. La prisa —la rapidez, diré mejor— es el alma de nuestra existencia, y lo que no se hace de prisa en el siglo XIX, no se hace de ninguna manera; razón por la cual es muy de sospechar que no hagamos nunca nada en España. Las diligencias y el vapor han reunido a los hombres de todas las distancias; desde que el espacio ha desaparecido en el tiempo, ha desaparecido también en el terreno. ¿Qué significaría, pues, un autor formando a pie firme un libro, detenido él solo en medio de la corriente que todo lo arrebatara? ¿Quién se detendría a escucharle? En el día es preciso hablar y correr a un tiempo, y de aquí la necesidad de hablar de corrido, que todos desgraciadamente no poseen. Un libro es, pues, a un periódico, lo que un carromato a una diligencia»⁹.

Siglo XIX adelante, en 1864, las *Cartas literarias desde mi celda* que Gustavo Adolfo Bécquer publicó en las páginas del periódico *El Contemporáneo*, la primera el 3 de mayo y la última el 6 de octubre del año citado, son obra de periodista, son unas admirables crónicas periodísticas. Y contienen manifestaciones e ideas que, desde una perspectiva diferente a la de Larra, nos acercan al periodista que, también, fue Bécquer. Así, por ejemplo, cuando en la calma de Veruela, que es el lugar en el que escribe estas crónicas, realiza la evocación

«de aquella inquietud, de aquella actividad, de aquella fiebre fecunda del periodismo. Recuerdo el incesante golpear y crujir en la máquina que

⁸ En carta a Tomás Borrás, de 16 de diciembre de 1959. Cito a través de GASPAR GÓMEZ DE LA SERNA, *Ramón*, ed. cit., p. 255, nota 372.

⁹ MARIANO JOSÉ DE LARRA, *Artículos*. Selección, introducción y notas de Alejandro Pérez Vidal, Barcelona: Ediciones B, Libro Clásico, 1989, pp. 615-16.

multiplicaba por miles las palabras que acabábamos de escribir y que salían aún palpitando de la pluma; recuerdo el afán de las últimas horas de redacción, cuando la noche va de vencida y el original escasea; recuerdo, en fin, las veces que nos ha sorprendido el día corrigiendo un artículo o escribiendo una noticia última sin hacer más caso de las poéticas bellezas de la alborada que de la carabina de Ambrosio. En Madrid, y para nosotros en particular, ni sale ni se pone el sol: se apaga o se enciende la luz, y es por la única cosa que lo advertimos»¹⁰.

O cuando se refiere a la fugacidad consustancial al género:

«... me he comprometido a contribuir con una gota de agua, a fin de llenar ese océano sin fondo, ese abismo de cuartillas que se llama periódico, especie de tonel, que, como al de las Danaidas, siempre se le está echando original, y siempre está vacío»¹¹.

Este aspecto periodístico de la obra becqueriana constituye un testimonio más de una realidad evidente: que desde la segunda mitad del siglo XIX, muchos grandes escritores han sido, también, periodistas, o han acudido al cauce del periódico para comunicar y hacer llegar sus ideas a un público. Un hecho expresado escuetamente por Ramón Pérez de Ayala con las palabras siguientes:

«[... en nuestros días...] no hay literato que no tenga algo de periodista, ni periodista que no tenga algo de literato.»

Y si se quiere buscar antecedentes, insinuaciones, la prehistoria del género antes de manifestarse plenamente, en España, en el *Diario de los literatos* —1737—, preludios o rasgos o caracteres periodísticos encontramos en páginas de los historiadores de Indias; y en la escritura de *Avisos* de los siglos XVI y XVII: Luis Cabrera de Córdoba, Pellicer, Barrionuevo...; y, ya en el siglo XVIII, en el padre Feijoo, en José Cadalso, en Leandro Fernández de Moratín (unas magníficas crónicas viajeras hay, por ejemplo, en su *Viaje de Italia*), y etc., hasta llegar a la realidad señalada por Ramón Pérez de Ayala en su texto antes recordado, con la exuberante abundancia de escritores que ejercen también el periodismo, que son periodistas; o de escritores que dan a conocer su obra en los periódicos, que eligen gustosamente la forma del artículo, que son escritores *en* los periódicos, y a los que recordamos, en muchos casos, más que por sus libros, por sus trabajos en la forma del artículo. El hecho es evidente y los ejemplos pueden

¹⁰ GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *Desde mi celda. Cartas literarias*. Edición, prólogo y notas de José Montero Padilla, Salamanca: Biblioteca Anaya, 1970, Carta segunda, p. 57.

¹¹ G. A. BÉCQUER, *Desde mi celda. Cartas...*, ed. cit., Carta primera, pp. 35-36.

multiplicarse, pero a ello contribuyó sin duda la atención que muchos medios de comunicación —revistas, periódicos— quisieron dar a las creaciones literarias. Una inteligente, benemérita atención que —lamentablemente— se ha reducido de manera drástica en los días actuales.

Sobre el periodismo de Ramón, creo convencidamente, de acuerdo con Gaspar Gómez de la Serna, que hay que subrayar su *carácter literario puro*:

«se trata de literatura periodística o hecha en el periódico, jamás de periodismo informativo, de reportaje, de entrevista o de gacetilla propia de un cuerpo de redacción. Su puesto en “la plazuela intelectual que es el periódico” ha sido siempre el de torero literario a cuerpo limpio, ofreciendo al público difuso del diario o al más recogido de la revista, con exclusividad, las primicias de su revolución estética, el juego de ingenio, la riqueza idiomática, la metáfora fresca de la greguería recién parida, la narración menor o el ensayo puro y a su aire»¹².

En el oceánico mundo de los artículos publicados por Ramón a lo largo de su vida en numerosos y muy distintos medios de comunicación, son menos conocidos los muchos que aparecieron, en los años veinte, en el diario *El Adelantado de Segovia*, de esta capital castellana. Diversas circunstancias vinculan a Ramón con esta ciudad, en la que pasó temporadas, prolongada alguna. Un artículo de un excelente poeta y periodista segoviano, Luis Martín Marcos, ha evocado una de esas estancias en Segovia, cuando muchacho, con su familia:

«Por las tardes —recuerda Martín Marcos en su crónica—, Gómez de la Serna [don Javier Gómez de la Serna y Laguna, padre de Ramón, registrador de la Propiedad en Segovia, desde el 14 de abril de 1914 hasta el 13 de febrero de 1922, pocos días antes de su fallecimiento, acaecido el día 22 de ese mismo mes, de acuerdo con los datos que obran en ese Registro de la Propiedad] con sus hijos: una muchacha —muy gentil, por cierto— y dos varones —uno de ellos, más bien de poca estatura, de cabello negro, de faz redonda y de mirada chispeante, de nombre Ramón— bajaban por la calle Real hacia la carretera de La Lastrilla. Y, al llegar al Azoguejo, Ramón se desprendía del grupo familiar y se absorbía en la contemplación del Acueducto»¹³.

Andando el tiempo, el propio Ramón recordará, en su libro *Automoribundia*, sus días vividos en Segovia:

«Mi padre es Registrador de Segovia hace tiempo y va a firmar los sábados los infólicos libros de las inscripciones pasando el verano allí.

¹² GASPAR GÓMEZ DE LA SERNA, *Ramón*, ed. cit., p. 142.

¹³ Artículo en *El Adelantado de Segovia*, Segovia, del 15 de enero de 1963. El texto entre corchetes es mío.

Una nueva ciudad castellana —continúa— es atalayada asiduamente por mí y me acostumbro a ser su morador y admirar todos sus vericuetos.

A veces voy por mi cuenta y me establezco frente al gran balcón de hierro volado, mirando El Parral y Zamarramala como objetivos puros de un ideal contemplativo.

Nada que haya ensanchado mi alma como esas visiones de Castilla que el destino de mi padre permitió que observasen mis ojos, emplazándome en sus plazas y plazuelas»¹⁴.

Ya por entonces, acaso, nacería la idea de esa novela, tan rica de sugerencias y tan admirable como contemplación e interpretación de una Segovia vivida y querida, que es *El secreto del Acueducto*, publicada en 1922 por la editorial Biblioteca Nueva e impresa en los talleres de El Adelantado de Segovia. Y en el periódico de este nombre aparecería gran número de artículos de Ramón Gómez de la Serna, sobre todo a lo largo de los años veinte. Artículos muy distintos entre sí que unen fantasía y realidad, comentan un hecho reciente, observan el mundo alrededor y lo interpretan, esbozan un cuento, y —¿cómo no?— ofrecen series de greguerías... unida esta diversidad en la singular, inconfundible escritura de las creaciones ramonianas. Así en las siguientes greguerías:

- «Hay una mujer a la que nadie debe elegir por esposa: la mujer que recuerda a todos una novia que tuvieron».
- «Las velas limpias y raudas de las canoas son cometas de otro cielo».
- «Los zapatos blancos siembran jugadores de tennis» (*sic*: tennis).
- «Cuando se queda más desnuda nuestra indiscreción, es cuando yendo hablando en el tren, el tren se para y lo que decimos resulta dicho en voz muy alta».

O en *La envejecida*, breve relato o apunte de cuento, dentro de una serie titulada *Nuevos caprichos*:

«Aquel absurdo marido parecía que vivía alrededor de su esposa para hacerla envejecer.

Cada palabra desdeñosa y helada que la dirigía, era una palabra que provocaba en ella una cana. Se la veía envejecer por segundos. No era el comportamiento de aquel hombre el comportamiento que desespera o hace envejecer por ráfagas y rachas, no.

Y el marido, tan tieso a su lado, muy disimulado y muy contrito, como si él no tuviese que ver nada con el envejecimiento rápido de aquella mujer»¹⁵.

¹⁴ *Automoribundia*, ed. cit., p. 318.

¹⁵ En *El Adelantado de Segovia*, 30 de octubre de 1924.

Textos que, al igual que tantos otros, nos hacen recordar un sutil comentario de Azorín:

«Ramón Gómez de la Serna —afirma el autor de *Al margen de los clásicos*—, pudiera titularse *psicólogo de las cosas*. Una greguería abarca una página, media página, ocho líneas, dos líneas. La base de la greguería es la observación escrupulosa, fina, delicada, de la realidad. Enamorado Gómez de la Serna de los escritores *raros* (como Silverio Lanza, Santos Álvarez, Ros de Olano, etc.), se aparta de sus procedimientos en este rasgo fundamental del realismo. Como esos escritores aludidos, Gómez de la Serna quiere hacer algo distinto de los géneros literarios creados; pero si ellos principian por deformar la realidad, Gómez de la Serna se apoya precisamente en la observación escrupulosa de las cosas y de la vida. Todas las cosas imaginables, en efecto; todos los tipos, todos los aspectos del vivir diario, pasan por la pluma de nuestro autor; y sobre los detalles exactos, fidelísimos, de ese panorama del mundo, Gómez de la Serna, interpretándolos, haciéndonos ver su espíritu, fabrica su original y sutil greguería»¹⁶.

Evidentes, pues, las relaciones de Ramón con Segovia, ello me impulsó, largo tiempo atrás —en 1963—, a escribir un artículo en el que solicitaba:

«Por ello, en fin, nosotros nos atrevemos a pedir, simplemente, esto: una lápida, en algún lugar de Segovia, que recuerde a Ramón Gómez de la Serna y su devoción segoviana [...] Y ello no cuesta, materialmente, nada —o casi nada—. Simplemente el esfuerzo de poner en marcha un expediente administrativo, una vez que la propuesta sea acogida por quienes tienen facultades para ello. Y Ramón se lo merece»¹⁷.

Algún tiempo despues, y de acuerdo con mi sugerencia, se colocaba una placa en la fachada de la casa construida sobre el solar en que estuvo aquélla donde residieron el escritor y su familia. Y allí permanece.

El día 12 de enero del año 2003 se cumplieron cuarenta del fallecimiento, en Buenos Aires, de Ramón Gómez de la Serna. De RAMÓN, sin más, porque en el ramonismo literario-nominal de las letras españolas¹⁸ (Ramón de la Cruz, Ramón de Mesonero Romanos [de quien se ha cumplido el segundo centenario de su nacimiento en el año actual], Ramón

¹⁶ En *Breve antología ramoniana. Lo que han dicho de Ramón*. Valencia: Editorial Sempere, s. a., p. 2.

¹⁷ JOSÉ MONTERO PADILLA, «Ramón Gómez de la Serna y Segovia», artículo en *El Adelantado de Segovia*, Segovia, del 27 de julio de 1963. De esta petición se hizo eco la «Crónica de la Ciudad», del mismo diario, de 30 de julio de 1963.

¹⁸ Cfr. ALFONSO REYES, «El ramonismo en la actual literatura española», en el libro *Rej de sol*, Madrid, 1926, pp. 21-23.

Menéndez Pidal, Ramón María del Valle Inclán, Juan Ramón Jiménez, Ramón de Basterra, Ramón María Tenreiro, Ramón J. Sender, o Sender según se oye ahora..., Ramón Ledesma Miranda), en este copioso ramonismo nominal Gómez de la Serna es el ejemplo máximo, en cuanto que basta su nombre de pila —RAMÓN— para señalar y reconocer a este escritor, sin necesidad de los apellidos —Gómez de la Serna y Puig— y con olvido absoluto de los otros nombres que se le pusieron al nacer: Javier, José, Eulogio. Este escritor que cultivando casi todos los géneros literarios y creando otro nuevo, fue, en todos, *él*, RAMÓN, en uno de los casos más singulares de originalidad y de capacidad creadora. Pocos autores, en las letras españolas del siglo XX, de obra tan extensa como la suya. Mingote se ha referido a la facilidad y opulencia creadoras de Ramón en un delicioso dibujo publicado a la muerte del inventor de las greguerías. En el dibujo aparecen, entre nubes, tres ángeles. Dos de ellos se acercan en su vuelo sosteniendo con sus manos dos enormes montones de hojas de papel... Mientras, el tercer ángel les vocea: «—¡Más papel, que viene Ramón!»¹⁹.

Gerardo Diego, en un ensayo en el que estableció un paralelo entre las personalidades de Lope de Vega y de Gómez de la Serna, sostenía que, al igual que en Lope, «Todo está en Ramón. Esta totalidad —añade— es el signo del genio en ambos»²⁰.

Pero este escritor que hizo *casi todo* en su literatura, es, *ante todo*, el creador de la greguería.

En la revista *Prometeo*, fundada en 1908 por el padre de Ramón, Javier Gómez de la Serna, aparecieron las primeras greguerías. Pocos años después, en libro publicado con el seudónimo de *Tristán*, ven la luz otras. Ramón escribirá ya greguerías ininterrumpidamente, en diarios, en revistas, en libros. A lo largo de toda su vida, hasta el final casi, cuando en sus últimos meses de existencia deja ya de escribir. En una de sus greguerías, publicada póstuma en el periódico *ABC*, dirá: «La vejez comienza cuando sentimos que el mundo es algo que se queda mientras nosotros nos vamos», con palabras enraizadas en Luis de Góngora, el gran poeta barroco («Y tú eres, Tiempo, el que te quedas y yo soy el que me voy»).

Nadie ha precisado y caracterizado mejor las greguerías que el propio Ramón. Nadie ha acertado a definir las como él, a expresar su recóndito sentido. Él mismo habló y escribió de lo que las greguerías son, de lo que imaginan, de lo que significan, de lo que en ellas alienta. Así, según su creador, la greguería es «esa fórmula espiritual, que tranquiliza, que atempera, que cumple una necesidad respiratoria y gozosa del espíritu, [...], y ha roto, ha roturado, ha dividido las prosas, ha abierto

¹⁹ En el diario *ABC*, Madrid, 16 de enero de 1963.

²⁰ GERARDO DIEGO, *Lope y Ramón*, Madrid: Colección Ateneo, 1964, p. 35.

agujeros en ellas, les ha dado un ritmo más libre, más leve, más estrambótico, porque el pensamiento del hombre es, ante todo, en la creación, una cosa estrambótica, y eso es lo que hay que cargar de razón y de sinrazón.» Es «Lo que gritan los seres confusamente desde su inconsciencia, lo que gritan las cosas.» Es «el atrevimiento a definir lo que no puede definirse, a capturar lo pasajero, a acertar o a no acertar lo que puede no estar en nadie o puede estar en todos.» «Nunca pueden ser rebuscadas. Hay que esperarlas, deambulando o sentados. Ni un paso voluntario hacia la imagen.» Y llega a la ya tan conocida fórmula definitoria: metáfora + humorismo = greguería²¹.

Y las greguerías son sustancia de la obra ramoniana y se hacen presencia constante en ella.

Es este Ramón creador de la greguería el escritor innovador que abre nuevos rumbos expresivos en nuestra literatura, el gran descubridor de «otras» realidades —las que existen por debajo de las aparentes—, y que ha influido decisivamente en muchos escritores. Así en los denominados del 27 (año de aniversario gongorino), en los humoristas: en Enrique Jardiel Poncela, por ejemplo, fidelísimo admirador de Ramón; en Edgar Neville, en Antonio de Lara *Tono*, en Miguel Mihura, etc.; y en los poetas: Pedro Salinas, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Jorge Guillén, Gerardo Diego... Luis Cernuda, tan admirable poeta como inteligente y sagaz crítico, estudió esa influencia en múltiples versos de esos poetas²². No es difícil ampliar la relación de ejemplos al respecto, como ya hice en un trabajo de muchos años atrás²³. Así en versos de Pedro Salinas que son auténticas greguerías:

«Una lágrima en mayo
parece un gran desorden»²⁴.

Y en versos de Rafael Alberti:

«Cuando el viento soñaba melenas que peinar.
Paseaba con un dejo de azucena que piensa»²⁵.

²¹ R. GÓMEZ DE LA SERNA, *Greguerías*. Selección 1940-1952. Quinta edición, aumentada y revisada, Buenos Aires: Colección Austral, 1952, pp. 10 a 20 del prólogo a la 5.ª edición.

²² LUIS CERNUDA, *Estudios sobre poesía española contemporánea*, Madrid: Guadarrama, 1957.

²³ JOSÉ MONTERO PADILLA, «Ramón Gómez de la Serna y Segovia», *Estudios Segovianos*, Segovia, 1964, núm. 48, pp. 489-504.

²⁴ PEDRO SALINAS, *Razón de amor*, Buenos Aires: Biblioteca Contemporánea de Editorial Losada, 1945, p. 85.

²⁵ Reproduzco los versos de Gerardo Diego, *Poesía española. Antología 1915-1931*, Madrid: Editorial Signo, 1932, p. 350.

Y en versos de Gerardo Diego:

«La vida es un único verso interminable.
Nadie sabe que el cielo es un jardín.
La luna abre la sombrilla camino de la alameda.
Debajo de cada cuartilla / siempre hay un poco de mis huesos»²⁶.

La poesía española de los años veinte, apasionada de lo nuevo, de lo distinto, de lo insólito, del continuo juego metafórico, encontró una referencia fundamental en la gran creación ramoniana: la greguería. El propio escritor, pocos meses antes de morir, hablaba sobre este género tan suyo y afirmaba:

«—... la greguería es el glóbulo amarillo del humorismo. La greguería... está entre lo que es verdad y lo que no es verdad, entre la realidad y la ilusión. *Y siempre es poesía: arrebatadora, loca poesía*»²⁷.

En sus últimos años Ramón sólo escribe greguerías y éstas son ya su ilusión y su obsesión únicas de escritor. A finales de 1960 le cuenta a su primo Gaspar:

«Yo estoy mejor, pero he de llevar una vida ascética. Sólo las greguerías, que son como una especie de milagro, me tienen absorto toda la semana»²⁸.

A comienzos de 1961, un nuevo director del periódico *Arriba*, en el que Ramón colaboraba desde 1944, le escribe para indicarle que ya no envíe greguerías sino otro tipo de colaboraciones... Abandona entonces *Arriba* y pasa a publicar en el diario *ABC*, dirigido en aquellas fechas por un magnífico periodista, Luis Calvo, admirable Luis Calvo, que supo dar acogida cordial y generosa a tantos autores insignes y ya en el declive de sus vidas: a Julio Camba, a Ramón Pérez de Ayala, a Ramón Gómez de la Serna...

Ramón Gómez de la Serna fue siempre escritor y sólo escritor. Nada más y nada menos. Por su dedicación exclusiva y su independencia excluyente de falsas ataduras y de actitudes aparentemente comprometidas

²⁶ GERARDO DIEGO, *Antología (primer cuaderno: 1918-1940)*, Salamanca: Ediciones Anaya, 1958, pp. 26, 27 y 28.

²⁷ JOSÉ MONTERO ALONSO, «Ya no escribiré más que greguerías, dice Ramón Gómez de la Serna en Buenos Aires», reportaje publicado en el diario *ABC*, Madrid, de 24 de mayo de 1962. La cursiva es mía.

²⁸ GASPAR GÓMEZ DE LA SERNA, *Ramón*, ed. cit., pp. 259.

que —¡tantas veces!— responden tan sólo en realidad a subordinaciones de todo género.

«Ya estoy metido —contaba en *Automoribundia* [1948] refiriéndose a la etapa de su vida que comienza hacia 1922— en la profesión de literato que consiste en perder el dinero que no se gana. Hago y seguiré haciendo vida literaria, una vida sin compromiso con ninguna otra cosa ni otra etiqueta. Sin ninguna ambición excesiva ni ninguna desambición.»

E insistirá tiempo después, en *Nuevas páginas de mi vida*, de 1957:

«El verdadero escritor tiene que oscilar entre artista y periodista. No debe ser intrigante ni hacer zalamerías a los cerdos poderosos o a los monstruos alevosos con tipo de hombres. Nada de cultivar a nadie por medio de la cortesanía.» Y concluye: «El verdadero escritor, es la serenidad pura...; un caso de conciencia independiente.»

Lo cumplió fielmente y siempre hizo honor a tales afirmaciones. Rehusó falsos compromisos y se mantuvo insobornable. Vivió por y para escribir. Fue escritor, sí, y sólo escritor, hasta el fin de sus días; leal a sus lectores y entregado al gozo y al sufrimiento de escribir. Pocos meses antes de su muerte aún decía:

«—El escritor no puede morir, no debe morir. Tiene que permanecer, porque su vida ya no es suya, sino de los demás, del público. Se debe a quien le lee, se da a esos que le esperan y le siguen, que creen en él, que le deben sonrisas, meditaciones y acaso lágrimas.»²⁹

Y es que cabe afirmar, en verdad, que los escritores auténticos, como los árboles, mueren de pie.

Todo ello nos habla de la personalidad de este escritor, tan nuestro siempre, tan español, que escribía sus cartas con tinta roja sobre hojas de color amarillo, como en una proclamación de fe hispana, y también para que nos fuera más evidente la verdad de que la tinta es la sangre del escritor.

²⁹ José Montero Alonso, reportaje citado.